

descaecer los sitiados, que á la verdad harto hicieran con sostenerse hasta entonces. Era el 30, y se señaló el día siguiente para el asalto general (a). En el primer tercio de la noche, acercóse al pabellón real D. Lope Jiménez de Luesia, y dijo al rey: «Señor, yo vengo de las trincheras, y he mandado á dos escuderos míos que se metiesen en la plaza. Hanlo hecho y visto cadáveres por todas partes, y que de la quinta torre á la sexta no velaba ninguna escucha: por lo cual os aconsejo que mandéis armar la gente, porque tomada está Mallorca, pues mil hombres podrán entrar en ella antes que lo echen de ver los sarracenos.—«Ah *Don Viejo*, contestó sonriéndose el rey: y eso nos aconsejáis? Oscura por demás está la noche; y si con la claridad del día muchos no se avergüenzan de ser malos en las armas, ¿qué harán ahora, que el uno no verá al otro? Y si cuando hayan los nuestros logrado entrar en la plaza, por malaventura fuesen rechazados, jamás después volverían al asalto ni la tomarían (1)».

Ya la primera luz del 31 de Diciembre despunta en el horizonte, y las trompetas tocan á armarse. Celébranse con fervor los divinos oficios, y todos los guerreros se acercan á los altares á recibir el cuerpo de Jesucristo. Fórmanse las compañías, tremolan los pendones, y vase llenando de aceradas puntas el espacio que media entre el campo y las murallas. Ya va esclareciendo más y más el día puro y sereno, y por última vez los minaretes y las cúpulas se levantan sobre las mezquitas. El valiente Said ben-el Hakem, promovedor de la tenaz defensa de la plaza, ordena su gente sobre la brecha, y cabalgando un caballo blanco, anima á los suyos á ser buenos en aquel trance. Da el rey la voz de arremetida; mas tan erizado de hierro aparece el

(a) Otro asalto general pone Al-makzumí el viernes 11 de safar, correspondiente al 23 de Diciembre, y mal reducido por equivocación de la hégira en la edición inglesa del Al-makkari; y fija en el domingo siguiente, 30, la toma de la ciudad, anticipándola un día.

(1) Véase el número 24 del *Apéndice*.

angosto paso, que vacila la infantería del primer cuerpo de asalto, y D. Jaime tiene que repetirla dos veces. Muévase entonces con buen orden la primera columna, á la cual siguen los caballeros y sus sirvientes de armas; y llegados al foso, apellidan los peones «Santa María» á grandes voces, y repitiendo sin cesar aquel sagrado nombre, que enciende su entusiasmo, escalan una torre un barcelonés y cinco camaradas suyos, trepan todos por la brecha, y fuerzan el paso como quinientos. Aparéjase el foso para que suban los caballos, que con harto trabajo y no tan aprisa como conviniera, comienzan de efectuarlo; mas entre tanto, de tal manera aprietan los moros á los quinientos infantes, que están á pique de ser rechazados ó muertos. Cúbrese la primera fila con los grandes escudos, formando como una muralla de bronce, y el anciano walí da á los suyos la voz y ejemplo de firmeza; cuando comienzan de entrar los caballos armados, siendo los primeros Juan Martínez Deslava, Bernardo de Gurb, uno apellidado con el apodo de Soyrot caballero de Sire Guillelmo, y Ferrán Peris ó Pérez de Pina (1). Embisten á los sarracenos; pero tan cerradas están las filas enemigas y tal es la espesura de las lanzas que se inclinan á recibir la carga, que los corceles se asustan, y los jinetes tienen que retroceder á tomar campo. Por fin ascienden á cincuenta los caballeros; é invocando á la Virgen, al grito de «vergüenza, caballeros, vergüenza,» se lanzan sobre los infieles, que en vano pugnan por contrarrestar el choque de aquellas masas de hierro, impenetrables á sus golpes.

Ya en esto entrara D. Jaime en la plaza, según la tradición que aún dura, por la puerta de Benalcofor, hoy Pintada, que debía estar inmediata á la brecha. El intrépido Said ben-el Hakem defendía á palmos el terreno, y en la calle vecina, que diz era la de San Miguel, andaba furiosísima la batalla. Pero el infeliz vecindario, aterrado por el largo sitio, como supo y vió

(1) Véase el número 25 del *Apéndice*.

que los cristianos estaban dentro de la plaza, no quiso aguardar la funesta suerte que le reservaban las espadas de quienes antes desoyeron la voz de la razón y de la conveniencia y desecharon toda oferta ventajosa por no privarse de la venganza. Treinta mil, que serían de los barrios apartados de la puerta de Benalcofor, fugáronse por las de Barbolet y Portopí (a): lastimoso espectáculo el de tantos ancianos, mujeres y criaturas, cargados unos con los haberes que pudieron recoger, otros con los padres ó los pequeñitos privados de andar, todos desamparando tal vez para siempre la patria y los hogares paternos, todos consternados y clamando con desesperación á su profeta. Afortunadamente para ellos, tantos eran los despojos y riqueza que donde quiera encontraban los cristianos, que no se cuidaron de los que huían; tan ocupados estaban en el saqueo. Los que con el walí se sostenían, perdida al fin toda esperanza, fueron volviendo las espaldas, y con gran vileza buscaron dónde esconderse; y casi desamparado hubo de hacer lo mismo Said-ben-el Hakem. Veinte mil cadáveres atestiguaban la cruel venganza de los cristianos (b): la Almudayna, que entonces era como la ciudadela de la plaza, fué el refugio de los que primero temieron la muerte; y tanto tropel de moros á ella acudía, que ó no cabiendo ó porque se acercaban los cristianos, con bárbara cruel-

(a) Habitarían en los barrios extremos del este y del oeste, que si bien incluidos dentro de los muros, se llamaban *villa* respecto de la primitiva ciudad ó *almudaina*. Dicha salida, según Al-makzumí, fué anterior al postrer asalto, lo cual y la circunstancia de estar capitaneada por Ibn Sheyrí, jefe como hemos visto de los descontentos, le dan visos de deserción. «Al ver Ibn Sheyrí que los cristianos eran dueños de los contornos y que la ciudad no podía sostenerse por más tiempo, la abandonó ocultamente, y se metió en el interior de la isla con todos los vecinos que quisieron seguirle.» Más adelante veremos su resistencia en las montañas.

(b) No discrepa mucho Al-makzumí en el número de los muertos: «fenecieron, dice, en la matanza que se siguió, nada menos que veinticuatro mil habitantes, sacrificados por culpa de un solo individuo», es decir, de la temeridad del wali. Desclot hace subir á cincuenta mil los moros que murieron, incluyendo tal vez en esta suma á los fugitivos, y á treinta mil los que fueron reducidos á servidumbre: Carbonell afirma que entre muertos y cautivos ninguno escapó.

dad cerraron los de dentro las puertas, á las cuales perecían miserablemente á centenares los que no pudieron entrar con tiempo.

En esto, mientras el rey traía pláticas de rendición con los que se amparaban de la Almudayna, llamáronle aparte dos soldados de Tortosa, y dijéronle que si se lo recompensaba, ellos le entregarían el walí. Ofrecióles el rey mil besantes, que ellos aceptaron; dejó allí un rico hombre para que nadie combatiese á la Almudayna, y con D. Nuño siguió á los dos de Tortosa á la casa que le designaron (a). En ella encontraron al anciano walí, que ahora tal vez sombrío y aguardando con calma que se cumpliese lo que de su destino estaba escrito, falsa y mezquina doctrina de su secta, sentárase envuelto en su blanco albornoz, acompañado de solos tres fieles pajes, que delante de él empuñaban sendas azagayas. Al ver á los recién venidos, y sabiendo que uno de ellos era el rey, púsose en pie, y desembozándose dejó ver recia coraza debajo de la túnica ó sobrevesta blanca. El rey, como era bueno y generoso, hízole mucha cortesía (1), y por truchimán le dijo que no temiese, que él le daría para su seguridad dos principales caballeros, y que pues en poder suyo estaba, ya no moriría. Y dejándole con buena guarda, volvió á los del Almudayna, que le dieron en rehenes el hijo del walí,

(a) El valiente anciano, habiéndose retirado del combate el postrero, no pudo ya encerrarse en la Almudaina ni volver á su palacio: Desclot dice que fué hallado en un corral, Carbonell en una calle sin salida. Al aserto de este último y al de Muntaner, que en siglos posteriores al hecho y fundados tal vez en hablillas vulgares, cuentan que el conquistador asió de la barba al rey moro, hay que preferir bajo todos conceptos la relación misma del monarca, más conforme á su generosidad y nobleza. Menos es de creer lo que dice Al-makzumí, que «preso el amir fué sometido á todo género de torturas, de las cuales falleció cuarenta y cinco días después de su captura.»

(1) Muntaner refiere que, conforme lo había jurado, D. Jaime cogió al walí por la barba: esta tradición enteramente falsa, fué copiada por muchos cronistas; y hasta en los azulejos que decoran las paredes de la que fué portería de la Merced, en Barcelona, cuya religión fundó D. Jaime, uno de los cuadros ó comparticiones representa á éste en el acto de cometer aquella grosería tan indigna de su noble carácter.— Véase el número 26 del *Apéndice*.

niño de trece años (1), y le abrieron las puertas; y puso en el alcázar dos frailes Predicadores, quizás fray Miguel como asegura Marsilio, y diez caballeros escogidos, con sus sirvientes, que custodiasen el palacio y los tesoros del jeque.

Ya el sol había dejado de alumbrar aquella triste escena: el rey hallábase con la armadura puesta desde el amanecer, y deseoso de descansar; mas ninguno de sus familiares y criados acudía, y D. Ladrón convidóle con decirle que él, merced á uno de los suyos, tenía preparadas casa y cena. Dábase entre tanto el saco, y tanta riqueza había en la ciudad que, cosa rara en semejantes lances de guerra, no sobrevino la menor alteración entre los vencedores, creyendo cada cual con lo que recogía que él era el más rico y afortunado. Aunque durante el combate habían huído á los montes treinta mil habitantes, no de todos los barrios pudieron tomar á tiempo las dos puertas susodichas, ni escapar de las tropas cristianas que en un momento inundaron la ciudad como un torrente. Las infelices moras, que no conocían sino el retiro de sus haremes, vieron á la soldadesca registrar con avidez sus aposentos; y temerosas de la muerte ó de la violación, matronas y doncellas arrancábanse sus alhaites y brazaletes, y puestos en el regazo dinero y joyas, amargamente llorando, en su lengua nativa á los soldados decían: «—Toma, cristiano, y déjame la vida (2);» palabras y acción de grande enternecimiento, si tras de los peligros del asalto, y cebadas ya las armas en la matanza y la codicia en el robo, pudiese haber lugar á la misericordia. Así tan rico fué el botín, aun hecha por cada uno restitución de lo que debía repartirse, que ni los criados del rey volvieron á él en ocho días.

(1) «.....después se hizo cristiano, y se llamó D. Jaime, y casólo (*el rey*) con una donzella principal, que se decía Doña Eva, que era hija de D. Martín Roldán, y nieta de D. Roldán del linaje de Alagón, y fueron señores de Gotor; y confirmóles el Rey la baronía de Huesca y Gotor; y huvieron á D. Blasco de Gotor, que fué padre de Miguel Pérez de Gotor.»—ZURITA, *Anal. de Arag.*, lib. 3, cap. 8, fol. 132.

(2) Véase el número 25 del *Apéndice*.

Poco después, algunos barones, principalmente D. Nuño, Berenguer de Santa Eugenia, el obispo y el sacrista de Barcelona, propusieron que se hiciese pública almoneda de los moros y de todo lo que se depositó para repartirse. Opúsose D. Jaime, atento á lo que más importaba, que era la destrucción de los sarracenos que de las montañas se amparaban, y á los cuales no se debía dar tiempo de rehacerse; y dijo que se hiciese enhorabuena el reparto tan sólo de cautivos y ropa por suertes, cosa que en ocho días podría efectuarse, y al punto regocijadas las tropas con esa primera partición, marcharían á desalojar de sus últimas posiciones al enemigo. Pero hubo de ceder, no sin indicarles que traslucía su mala fe y augurando mal de aquella determinación (1); y así se comenzó la almoneda, que duró desde carnestolendas á Pascua. Creyeron, caballeros y plebeyos, que aquello se hacía para darles la parte que á cada uno tocaba, y por esto iban tomando de lo que se vendía cuanto en su conciencia correspondía á su porción; mas como se les exigiese el precio de lo comprado, indignáronse, corrieron tumultuosos las calles, saquearon la casa de Gil de Alagón, y sólo la presencia del rey contuvo su furia. Pero á los dos días alborotáronse de nuevo, dieron á saco la casa del paborde de Tarragona, y tanto crecía el motín, que el rey, antes de salir á reprimirlo, trasladó por precaución todo su haber de la Almudayna al castillo que ocupaban los templarios, inmediato á la puerta de Beb-Albelech ó Barbolet. Armóse, pues, y yéndose para los amotinados: «—Vosotros, les dijo, habéis cometido acción antes no vista entre nosotros, la de saquear las casas y mayormente de los que ningún tuerto os hacen; y sabed que no lo sufriremos, antes tantos haremos ahorcar de los que se desmanden, que *hieda* la villa. ¿Á qué tanta confusión y trastorno? ¿no es nuestra voluntad y ánimo que se os dé vuestra parte, así de lo recogido como de las tierras?» Aquietóse al oír estas últimas palabras el pue-

(1) Véase el número 25 del *Apéndice*.

blo; y el obispo y el paborde, objeto particular del odio de los sediciosos, pudieron salir del alcázar en donde se refugiaron.

La ciudad estaba llena de cadáveres; los recién entrados alojábanse como mejor podían, y aunque tantos sarracenos habían desocupado la plaza cuando el primer asalto, corrían los nuevos pobladores riesgo de ser atacados de peste, si no atendían á la sanidad y limpieza, cosa punto menos que imposible en el ardor de la entrada y para una soldadesca ya avezada á las privaciones de un campamento y á los malos hábitos que en él contrajo. No se les ocultó esto á los cabos, y convocando consejo, acordóse que los prelados concediesen á la gente mil días de perdón por cada cadáver que se sacase afuera; y tanto fué el celo del ejército por ganar las indulgencias, que en pocos días quedó la ciudad limpia y quemados en el campo los restos de cuantos perecieron en la entrada (1).

Con la muerte de los Moncadas quedó incompleto el número de los que debían cuidar del reparto y señalamiento de las porciones; y en los primeros días del sitio, á los difuntos hermanos les reemplazaron D. Ramón Alamany y D. Ramón Berenguer de Ager, y al primer número se agregaron D. Jimén de Urrea y D. Pedro Cornel. Comenzaron, pues, ahora por escoger las treinta casas mayores de la ciudad, de las cuales quince pasaron al rey, que dió algunas á sus porcioneros los templarios y el paborde de Tarragona. Al rededor del Alcázar, el recinto que llamaban Almudayna encerraba 178 edificios, amén de los que se computaban en los treinta primeros; é insiguiendo lo acordado en las cortes celebradas en Barcelona, diósele al rey la mitad, y lo mismo se practicó en lo demás que se fué repartiendo. Dividióse entonces lo restante de la ciudad en ocho partes, y las cuatro que á D. Jaime le cupieron contenían mil cuatrocientas ochenta y dos casas habitadas, cuatrocientas noventa y cuatro inhabitadas, veinticuatro hornos, diez y siete

(1) Véase el número 25 del *Apéndice*.

huertos, trescientos veinte obradores ó tiendas, y dos de los mejores baños públicos: rica porción, si de ella no hubiese debido recompensar á los templarios, á varios caballeros, y á las ciudades y villas (1). Las restantes cuatro partes, si por lo que con los molinos se hizo hemos de juzgar, diéronse al conde D. Nuño, al obispo de Barcelona, al conde de Ampurias, y á Guillén de Moncada, los cuales también tenían que satisfacer los servicios de sus principales caballeros y allegados. Lo mismo se practicó con las tierras regadías del distrito de Palma, que con los hombres buenos y peritos nombrados al intento, salió á medir en buena ley el agrimensor Pedro de Osca ó Huesca con una medida ó cuerda que alcanzaba veinte brazas del rey, equivalentes á veintidós de D. Nuño ó de todo hombre regular; noticia que confirma la descripción que de sus prendas físicas algunos cronistas nos han dejado (2).

Mientras así iban adelantando la partición de lo conquistado, que aún se proseguía muchos meses después y nosotros pasaremos por alto, un fatal acaecimiento vino á turbar la alegría de los cristianos, y confirmó cuán prudente anduvo el rey al aconsejar que saliese sin demora el ejército en demanda de los moros que de los montes se guarecían, y se dejase para después el reparto. Declaróse la peste en la ciudad, y con el desorden y agolpamiento de tanta gente de guerra se encendió tan terrible-

(1) El libro del Repartimiento, del cual damos un extracto en el número 27 del *Apéndice*, trae la demarcación de cada una de aquellas cuatro partes, los nombres de las calles, de las casas, y hasta de las tiendas, todos árabes; pero hasta qué punto pudiera la planta moderna de Palma servir para la aclaración de aquella antigua, á los anticuarios del país, que hagan un particular estudio de las localidades, toca decidirlo (a). Hállanse mencionadas en aquel libro seis mezquitas, cuyos nombres eran: de Abdolmele ibne asna; de Axaquetz; de Alhajezequí; de Zegrí; la Mezquita Roja (*Mezquita Rubea*, fol. 53), y de Aljenevi. Véase el número citado.

(2) Véase el número 28 del *Apéndice*.

(a) Algo de esto ensayé en el detenido estudio del repartimiento, puesto por apéndice á mi *Conquista de Mallorca*, al cual me remito; y todavía resta campo á un trabajo indefinido, no dejando por consultar ningún antiguo título ó traspaso de propiedad.

mente, que diezmó las compañías y llevó al sepulcro á los más intrépidos, á quienes respetara la muerte en los combates. Murió á los ocho días de enfermar D. Guillén de Claramunt: apenas sepultado, siguiéronle á la tumba D. Ramón Alamany, D. García Pérez de Meytats y D. Guerao de Cervelló, hijo de D. Guillermo de Cervelló y sobrino de Alamany, todos del linaje de los Moncadas, excepto el D. García. Al verlo el conde de Ampurias, exclamó: «aquí feneceremos los que de este linaje quedamos;» triste presentimiento, que se cumplió para él ocho días después (a).

El contagio apresuró la partida de los que ya deseaban volver á Cataluña, y quizás motivó la de quienes se proponían asistir hasta el fin de la conquista; y sin curarse de las tierras adquiridas, y contentos con el botín recogido en el saco ó con las casas que de la ciudad les cupieron, abandonaron no pocos, caballeros y villanos, á su rey y á la isla: consecuencia natural de un ejército colectivo, compuesto en su mayor parte de gente voluntaria y de tercios que obedecían á capitanes ó señores diferentes. El rey, pues, hubo de enviar á D. Pedro Cornel á Aragón con cien mil sueldos, para que alistase cien caballeros y trajese los cincuenta, que comó á feudatario del monarca le correspondía; al paso que escribió á D. Atho ó Artal de Foces y á D. Rodrigo de Lizana, también feudatarios suyos, que le acudiesen, como lo pusieron en efecto.

Mas entretanto no se daba vagar el grande ánimo de D. Jaime. Al frente de las pocas fuerzas que le habían quedado, corría el interior de la isla; acogía y heredaba á los caballeros Hospitalarios, que vinieron á ofrecerle sus espadas; y en una segunda salida, en medio de los mayores peligros y padecimientos de

(a) Murió á 23 de Febrero según el necrologio de la iglesia de Gerona, y siendo el postrer acometido, demuéstrase que la peste se declaró antes de la Cuaresma, que empezó el 20 de dicho mes, y no por Pascua como entendieron mal nuestros historiadores.

calor y hambre (1), rendía en las montañas y cuevas de Artá dos mil sarracenos, y recogía diez mil cabezas de ganado mayor y treinta mil de menor (a). Atento á la conservación y aumento de su nueva conquista, dictaba aquellas famosas franquicias, que debían ser un incentivo para que del continente viniesen pobladores, y el código que había de regir aquella naciente población militar (2).

Pero ya era tiempo de regresar á sus estados, pues más de un año había transcurrido desde que dió la vela en Cataluña. Cometió, pues, el cargo de lugarteniente suyo á D. Berenguer de Santa Eugenia, con merced que del castillo de Pals le hizo, y con promesa solemne de aprobar y cubrir cuanto expendiese. Convocó á consejo general á los barones, caballeros y demás pobladores, y les habló en estos términos: «Catorce meses cumplen que estamos en Mallorca, y durante este espacio de tiempo jamás quisimos abandonaros; mas ahora va entrando el invierno, y pues por merced de Dios parece que queda segura esta tierra, nos partiremos. Mejor podremos mirar por vosotros desde Cataluña que permaneciendo aquí, porque os enviaremos tales esfuerzos que bien podrá defenderse la isla de todo acometimiento; cuanto más que, si fuese menester, otra vez acudiríamos personalmente. Habed por cierto que desde que nos parta-

(1) Véase el núm. 29 del *Apéndice*.

(a) Si esta segunda expedición del rey á Artá fué en la semana de Pasión (24 á 31 Marzo) como expresa su crónica, la primera que emprendió por el valle de Buñola, internándose por las montañas hasta dejar á la derecha el castillo de Alaró y torciendo luego hacia Inca, debió ser al principio de la Cuaresma, sin que la estorbaran los estragos de la peste, ni la almoneda del botín, ni el otorgamiento de la carta-puebla que fué á 1.º de Marzo. La mayor fuerza de los refugiados sarracenos no estaba en los montes de Artá, sino en los de Sóller y Almaluig, donde pasaban de tres mil peones escogidos con treinta caballeros al mando de Xuaip ó Xuaip, los cuales hubieron de cobrar bríos viendo que el rey en las dos jornadas desistía de atacarlos. Extraño es que en estas campañas no figure Ben-Abet, quien, habiendo sometido al rey su distrito de Pollensa y toda la costa fronteriza á Menorca, podía fácilmente cortar las comunicaciones entre los de Almaluig y los de Artá si permaneciera en el servicio del conquistador. Xuaip con los suyos se mantuvo un año todavía en aquellas breñas.

(2) Véase el número 30 del *Apéndice*.

mos, de día y de noche, lo más del tiempo estaremos pensando en vosotros. Y pues Dios nos hizo tanta merced que nos ha dado reino en medio del mar, cosa jamás alcanzada por ningún rey de España, y que hayamos podido edificar iglesia á Nuestra Señora Santa María (a); creed que nunca os desampararemos, antes muy á menudo, sea ó no necesario, me veréis en Mallorca.» Mas el llanto le embargó aquí la voz, que no pudo contenerlo al ver las lágrimas que como verdaderas muestras de sentimiento todos derramaban. Reinó silencio un buen espacio, y rompiéndolo al fin el rey, despidióse afectuosamente de sus compañeros de armas, dióles á reconocer por lugarteniente suyo al

(a) *E tantas d'altres que ni haurá*, añade el rey en su crónica. Según estas palabras, hallábanse ya entonces abiertos los cimientos de la grandiosa catedral, alojada interinamente en la principal mezquita á la cual había de reemplazar; estaba designado el solar y acaso principiadas las obras de la iglesia de Santa Eulalia, puesto que se nombra en el repartimiento, y proyectadas otras muchas, no sólo de parroquias, sino también de conventos y hospitales. Y bien explican esta premura la ardiente piedad del monarca y las necesidades religiosas de los moradores, sin suponerla efecto de un voto hecho por aquél durante la borrasca que padeció á su venida, pues las crónicas no indican tal circunstancia. La dotación de la iglesia catedral correspondió á la majestad del edificio: en la concordia de las cortes de Barcelona anterior á la conquista, sólo se estipuló «que se asignasen á los clérigos y á las iglesias los señoríos (*dominicaturæ*) y rentas competentes;» pero el generoso rey, aunque dueño de los diezmos por concesión pontificia en las tierras que se conquistasen de sarracenos, cedió á la seo de Mallorca en 5 de Abril de 1232 desde Barcelona la décima parte de todas sus posesiones y derechos en la isla, y de todos los frutos y animales de sus tierras, incluso los peces de sus riberas, imitando los magnates su liberalidad. Pero después de mediar varias transacciones, obtuvieron finalmente las parroquias la cuarta parte de los diezmos, la catedral el otro cuarto, quedando con la mitad restante los dueños directos de las tierras ó poseedores de *caballerías*. Para la creación del obispado atravesáronse algunas dificultades por parte de la iglesia de Barcelona, que pretendía tener jurisdicción sobre las de la isla por donación que en el siglo XI le otorgara Alí, señor de Denia y de Mallorca; pero interviniendo como árbitros los abades de Poblet y Santas Creus, acordóse la erección ó más bien restauración de la silla episcopal de Mallorca, dejando la elección del primer prelado al arbitrio del monarca y la de los sucesivos al obispo y cabildo de Barcelona, con obligación de nombrarle del seno de aquella iglesia mientras fuese posible, condición que no llegó á cumplirse por sobrado exorbitante. El designado por el rey para la nueva mitra en 1232 fué Bernardo, abad de San Felí de Guixols, y por renuncia acaso de éste, lo fué en 1235 el paborde de Tarragona Ferrer de Sant-Martí, más adelante obispo de Valencia; sin embargo el primero que en propiedad la obtuvo en 1238 fué don Raimundo de Torrella, de quien se asegura sin bastante fundamento que fué religioso dominico y hermano de Bernardo de Santa Eugenia.

de Santa Eugenia, repartió sus armas y caballos á los más necesitados, y reiteró á todos la promesa de volar á su socorro cuando se temiese que venía armada contra la isla. Y pasando á la Palomera, en donde le esperaban dos galeras, una de Ramón Canet y otra tarraconense, embarcóse en la primera el día de los santos Simón y Judas, y de aquel, que fué primer puerto cuando su venida á Mallorca, hizo vela para Cataluña, adonde arribó al tercer día.

La fama de su expedición le valió allí un continuado triunfo en todas las ciudades y villas: y bien hacían todas en recibirle en procesión, y en desplegar para honrarle toda la pompa que podían las municipalidades y el clero; la grandeza y buen suceso de la conquista disculpaban toda extraordinaria manifestación de contentamiento, y la gran parte que al rey le había cabido en ella justificaba el excesivo respeto de sus vasallos.

Muerto su infeliz padre D. Pedro *el Católico* en el campo de batalla; necesitado él, niño, á valerse de la protección de unos caballeros religiosos y del arzobispo tarraconense para criarse como á su rango convenía; heredero de un reino combatido por los odios de familia y por la ambición de sus deudos, que á su misma persona pusieron en peligro; insolentadas muchas villas contra la corona al amparo de los bandos; ociosas y desacreditadas las armas aragonesas, excepto en los daños propios: grande arrojo fué el suyo al acometer aquella empresa, para la cual no le convidaba el estado de sus reinos, y que parecía carga harto grave para las fuerzas de un rey que apenas rayaba en los veinte y un año. Es verdad que Cataluña, particularmente Barcelona, le secundó y aun excitó de una manera que ha formado época en sus anales; pero mucha parte tuvo D. Jaime en conciliar los ánimos de los más poderosos magnates, y toda en activar los preparativos y hacer que ni se entibiasen ni de ellos se levantase mano: cosa no bastantemente alabada, si miramos las dificultades que el solo transporte de máquinas, caballos y armas entonces traía. ¿Quién sino él entre tantos buenos duran-